

EpÃ­logo espontÃ­neo de Las MarÃ­as 2007

martes, 18 de septiembre de 2007

Modificado el martes, 18 de septiembre de 2007

EpÃ­logo espontÃ­neo de Las MarÃ­as 2007

Por Javier EstÃ©vez.

Hasta hace unos 5 millones de aÃ±os, durante el Mioceno, donde hoy resiste el Conjunto HistÃ³rico de GuÃ­a, se explayaba la costa norte de la isla; tal es asÃ­, que los riscos de la MontaÃ±a de GuÃ­a eran prodigiosos acantilados batidos por un mar inconcebible y donde se concentraba un rumor extinguido de olas quebradas.

EpÃ­logo espontÃ­neo de Las MarÃ­as 2007

Por Javier EstÃ©vez.

Hasta hace unos 5 millones de aÃ±os, durante el Mioceno, donde hoy resiste el Conjunto HistÃ³rico de GuÃ­a, se explayaba la costa norte de la isla; tal es asÃ­, que los riscos de la MontaÃ±a de GuÃ­a eran prodigiosos acantilados batidos por un mar inconcebible y donde se concentraba un rumor extinguido de olas quebradas. Tras la pacÃ­fica y contundente retirada del ocÃ©ano miocÃ©nico y hasta hace unos 500 aÃ±os, donde hoy se yergue un ordenado amasijo de carne y piedra declarado Conjunto HistÃ³rico ArtÃ­stico Nacional, campeaba un soberano bosque de palmas, acebuches, almÃ©jigos, dragos y sabinas. Desde hace 196 aÃ±os, cada tercer domingo de septiembre vuelven a encontrarse en sus antiguos dominios, mar y monte, bucio y rama, mioceno y holoceno.

Si GuÃ­a tuviese tiempo propio, calendario municipal, el primer dÃ­a del aÃ±o estarÃ­a reservado para el lunes siguiente a las MarÃ­as. SerÃ­a inevitable. De este modo, hoy los guineses estarÃ­amos inaugurando el aÃ±o 197 de nuestro particular discurso temporal.

Tengo que confesar que nunca me han gustado los lunes en los que desembocan inexorablemente Las MarÃ­as. Me producen una aguda desazÃ³n y hasta cierta desorientaciÃ³n. Son terribles. Sufre el pueblo una invasiÃ³n poderosa de silencio y resaca, que acosa y derrumba todas las horas consumidas durante el fin de semana, como si fuese la reparaciÃ³n justa y necesaria por interrumpir los humanos los dominios seculares del sigilo.

La 196a ediciÃ³n del voto de Vergara contÃ³, por primera vez, con una representaciÃ³n institucional de GÃ¼ldar, primera y Ã³ltima capital de la antigua Canaria. Es de celebrar, que duda cabe, pues el

voto original, el de la

Montaña que alguien en los programas de las fiestas está
 empeñado en alomar, continúa con las
 lágrimas y la esperanza de los paisanos, azorados por la ansiosa langosta, de
 Caideros, Saucillo, Fagagesto, Luzana y otros caseríos de las medianas
 galdenses. A la 196a edición de Las Marías no acudí, como siempre,
 el aliso, escondido perennemente en septiembre tras las colinas amarillas y
 agostadas de los cortijos. Su ausencia refuerza su condición de viento ateo y
 haragán.

Sin un viento que lleve en sus manos viajeras los vientos,
 agradecimientos y reconocimientos a quien se le atribuye el insecticida
 milagroso y liberador, no queda más remedio que conjugar pulmón y bucio y
 extraer ese sonido tan marítimo que hasta los barcos lo imitan cuando parten
 hacia la nostalgia y el olvido.

Tanto sonaron este fin de semana las caracolas que por las
 calles circula un viento anónimo con olor a mar remoto y pródigo. Uno cierra
 los ojos y aún puede escuchar el fragor marino de las caracolas, oler
 conjuntamente los abrojos submarinos y el aroma violento y pulmonar que
 desprenden las ramas desgarradas de los eucaliptos sin patria. Yo cierro los
 ojos y aún vuelvo a ver la silueta de mi padre insuflando arrebatadamente
 huracanes y tempestades a una caracola tan vieja y ruda como el mar que la
 paría.

Pocas fiestas son tan rústicas como las Marías. La ciudad
 se sacude su condición urbana para que el campo irrumpa brutalmente en su geografía. De repente, brotan árboles
 frutalmente adornados de entre los adoquines, los balcones son sembrados con
 tal profusión que se confunden con huertos imposibles y cercados verticales y Nicasio Guerra seduce delicadamente a
 la
 primavera para que durante unas horas haga con la fachada de la iglesia lo que
 en abril hace con los ciruelos. Con el permiso de un verano moribundo, los
 ripios, las cornisas y los paramentos estriados se transforman en valles fértiles
 donde despuntan arrebatados plumachos, descolladas esterlicias, químicas flores
 de mundo, anturios de rojo fluorescente y helechos del precámbrico por su
 dimensión. Más que un templo parece un jardín sin gravedad.

A mí me da igual que La Rama, la fiesta de los Ramos, las Marías, o la
 extendida Fiesta de la Rama
 en las Marías sea más antigua, más reciente
 o más populosa que otras celebraciones de guardar. A mi me seduce por su
 sencillez rural, por su poética emotividad, por su paisaje delicado, por sus
 olores, por sus sonidos y por las lágrimas que arrebatan del alma basáltica de
 muchos guineses de votiva confesión.

Que la
 vida los bendiga. Hasta el año que viene ¡Feliz 197 a todos!